

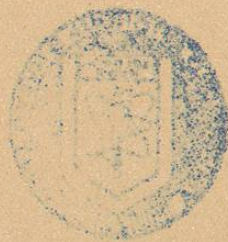
BS 2650

03

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Faint text below the stamp, possibly a date or reference number.

## HOMILÍAS

PARA LOS DOMINGOS Y FIESTAS DEL AÑO

### HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

Para el día de la Ascensión del Señor.

**Sobre la divinidad de Jesucristo.**

**H**ERMANOS míos amadísimos: La Ascensión gloriosa del Señor á los cielos es un hecho histórico que muestra con evidencia la divinidad de nuestro Señor Jesucristo; y como hoy se han trastornado las cabezas de algunos hombres hasta el punto de negar lo evidente, interesa que los fieles cristianos se fijen en este maravilloso acontecimiento. Oigamos al sagrado Historiador, que en la Epístola de este día dice así:

*«En mi libro anterior, oh Teófilo, he hablado en todas las cosas que Jesús comenzó á hacer y á enseñar, hasta el día en que después de haber instruido por el Espíritu Santo á los Apóstoles que El escogió, subió al cielo. Habiales también mostrado después de su pasión con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Y comiendo con ellos, les mandó que no saliesen de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, dijo, oisteis de mi boca: Porque Juan bautizó en agua; pero vosotros, dentro de pocos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo... Después que así hubo hablado (Jesús) viéronle elevarse y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos.» (Act. Apost., I, 1 al 10.)*

Tal es, mis hermanos, el resumen del asombroso misterio de la Ascensión del Señor, que la Iglesia nos recuerda en nuestra Epístola, y que yo intento declarar ahora para que comprendáis con evi-

008427

dencia la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Lo probaremos, pues:

- 1.º Por su ejemplo.
- 2.º Por sus milagros.
- 3.º Por sus profecías.

#### PUNTO 1.º

##### LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO PROBADA POR SUS HECHOS

No hay, carísimos hermanos, lección más provechosa, ni más breve, ni más eficaz que la que se da con el ejemplo (1), por eso Cristo nuestro Señor, que vino á enseñar al mundo el camino de la salvación, comenzó, dice nuestra Epístola, obrando y después enseñando. (*Coepit Jesus facere, et docere.*—Verso 1.)

Mucho debemos fijarnos en las primeras palabras de dicha Epístola: dice así el Historiador sagrado: «*En mi libro anterior (es decir, en el santo Evangelio), he referido ya de todo lo que Jesús comenzó á hacer y á enseñar.*» Nótese, advierte San Juan Crisóstomo, que San Lucas dice, no que haya escrito *todo* lo que Cristo hizo y enseñó, sino *de todo*, es decir, *algo de todo* lo que ocurrió en su vida, desde que comenzó públicamente la obra de nuestra redención *hasta el día en que subió á los cielos.* (*Usque in diem qua assumptus est.*—Verso 2.)

Y expresa claramente que Jesús *comenzó por obrar* lo que después había de enseñar, como diciendo á aquellas gentes: «*Si no me creéis á mí, creed á mis obras*»: las obras son la mejor lección. Así vemos que antes de exhortarnos á la mansedumbre, fué El manso y se nos propuso por modelo, diciendo: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*»: antes de excitarnos á la pobreza, nos dió ejemplo de ella, y luego dijo: «*El hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza*»: antes de mandarnos amar á nuestros enemigos, nos enseñó esta heroica virtud con la caridad que mostró para con los más grandes pecadores: para movernos á dar nuestra capa á los que intentaran quitarnos nuestra túnica, dió, no solamente sus vestidos, sino hasta su propia sangre... ¡De esta manera fué como Jesucristo nos enseñó á practicar todos y cada uno de los puntos de la moral cristiana: primero obró, después enseñó!» —«*Coepit Jesus facere et docere.*»

(1) Longum est iter per praecepta, efflicax, et breve per exempla. (Séneca, Epist., VI.)

Ved aquí, católicos, el modelo que hemos de imitar todos los hombres; primero vestirnos de las virtudes de Cristo, sintiendo en nuestro corazón lo mismo que El siente en el suyo; después obrar como El obró, y luego enseñar á los demás, para que sea cumplido en nosotros aquel encargo del divino Salvador: «*De esta suerte ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, á fin de que vean vuestras obras buenas y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos*» (1).

Ahora bien, ¿qué ejemplo de virtudes nos dió Jesucristo para mostrar al mundo que realmente era Dios? ¡Oh! Primero el nacer humilde, pobre y obediente por nuestro amor; segundo, el manifestar en sí mismo, por modo indudable, los atributos del mismo Dios; es decir, su sabiduría, su omnipotencia, su paciencia, su justicia, su misericordia y su infinito amor á los hombres; tercero, el querer reinar, y reinar de hecho en los corazones de los hombres, por la fe, por la gracia, por la ley evangélica, por la Iglesia, por los sacramentos; cuarto, pasar por el mundo haciendo bien y sanando á todos, y dar su sangre y su vida por la redención del hombre, por más que el hombre fuera ingrato y despreciador de sus innumerables beneficios.

«*Dios—dijo San Pablo á los Hebreos—hizo á su Hijo heredero de todo; por El creó los siglos, El es la irradiación de su gloria y la figura de su substancia; sosteniéndolo todo con el poder de su palabra y purificándonos de nuestros pecados, está sentado á la diestra de la Majestad en lo más alto de los cielos.*» (Hebr., I, 2-3.)

Y bastan, carísimos hermanos, estos hechos, para que todos los hombres, aun los más ciegos, vean en Jesucristo un ser divino, un DIOS-HOMBRE, *en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad.*» (*In ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter.*—Coloss., II, 9.) Sin embargo, confirmemos esta prueba, poniendo ante los ojos de vuestra mente algunos de sus portentosos milagros.

#### PUNTO 2.º

##### LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO PROBADA POR SUS MILAGROS

No os hablaré yo aquí de su admirable encarnación ni de su extraordinario nacimiento, pues todos sabéis que la primera fué

(1) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et goriificent Patrem vestrum qui in coelis est. (Matth., V, 16.)

obra inefable del Espíritu Santo, y el segundo, privilegio glorioso de una Madre-Virgen purísima; tampoco os diré nada de cómo antes de nacer hizo saltar de gozo á San Juan Bautista en el seno de su madre Santa Isabel, quedando ésta plenamente iluminada por el Espíritu Santo en el conocimiento de la encarnación del Hijo de Dios; mucho menos os referiré los innumerables y asombrosos milagros que constantemente durante su vida realizó en público á la vista de todos los que le seguían, pues fueron tantos, tan admirables y portentosos, que curó instantáneamente á los leprosos, á los cojos, ciegos, sordos y mudos, y convirtió el agua en vino, y multiplicó los panes, y calmó las tempestades y resucitó á los muertos... De nada de esto os hablaré, sino que ciñéndome al texto sagrado de nuestra Epístola, os referiré sólo algunas de las muestras de su divinidad, que dió á sus discípulos después de resucitado.

«Se apareció á ellos—dice San Lucas—dándoles muchas pruebas de que estaba vivo, durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios.» (Loquens de regno Dei.—Verso 3.) Es decir, que después de resucitado y antes de subir á los cielos, quiso probarles hasta la evidencia que realmente era Él mismo, apareciéndoseles y desapareciendo después, renovando por espacio de cuarenta días esta especie de aparición (*Per dies quadraginta apparens eis*); á fin de convencerlos más y más—dice el Crisóstomo—de que no era un espectro lo que veían.

Y les hablaba—añade el sagrado texto—del reino de Dios, sobre lo cual dice San León, que durante aquellos días se establecieron varios sacramentos, y fueron revelados grandes misterios. Con efecto, entonces Jesucristo levantó los corazones de los hombres animándoles con la esperanza de la inmortalidad del alma y del cuerpo; entonces dijo á los Apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo»; dió á San Pedro las llaves del reino de los cielos y le confió la dirección y el gobierno de su Iglesia: entonces reprendió á Tomás por su incredulidad, y para que todos creyeran les mostró las cicatrices de sus llagas, de su costado, de sus pies y de sus manos; entonces, en fin, les descubrió sus designios en orden al establecimiento de su Iglesia y al ministerio á que los destinaba. Y esto es lo que nuestra Epístola significa cuando dice que Jesús les habló del reino de Dios.—«Loquens de regno Dei.»

Todo esto, carísimos hermanos, era de suyo persuasivo y evidente; mas para quitarles hasta la menor sombra de duda, les hizo ver que en realidad estaba vivo, comiendo con ellos varias veces, ora en Emaús, ora en el cenáculo, ora en las orillas del

mar de Galilea, y todo para probarles y probarnos su resurrección, su divinidad y la verdad infalible de nuestra fe sacrosanta. ¿Quiérense, por ventura, más milagros para evidenciar que Cristo nuestro Señor es Dios y juntamente hombre verdadero? Pues sigamos con nuestra Epístola que á continuación nos presenta la ineludible prueba de sus profecías.

### PUNTO 3.º

#### LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO PROBADA POR SUS PROFECÍAS

No es mi objeto referiros aquí los múltiples vaticinios que el divino Redentor hizo durante su vida mortal, pues no hay cristiano algo docto que ignore la predicción hecha á sus discípulos de que «era preciso ir á Jerusalén para sufrir allí muchos tormentos y la muerte y resucitar al tercer día» (Matth., XVI, 21); la predicción de que el templo sería destruido, sin quedar piedra sobre piedra (Matth., XXIV, 21); que Judas le haría traición, que sus Apóstoles le abandonarían, que Pedro le negaría por tres veces, y que sus discípulos serían perseguidos y condenados á muerte á causa de su nombre, pero que triunfarían de todos los obstáculos. Esto es histórico, todo el mundo lo sabe, y no hay quien pueda negar su exactísimo cumplimiento; de donde lógicamente cabe decir: «Luego Jesucristo es Dios, porque sólo Dios puede predecir los futuros contingentes.»

Pues bien; dejando esto aparte, y concretándonos á nuestra Epístola, leemos en ella lo siguiente: «Mandó (Jesús) á sus discípulos que no se apartasen de Jerusalén, sino que esperasen allí al Espíritu Santo, que el Padre les había prometido, y que El les había recordado varias veces.»—*Quam audistis per os meum.* (Verso 4.) Y para que tuviesen seguridad de que así sucedería, les añadió estas otras palabras: «Porque Juan bautizó con agua; mas vosotros, dentro de pocos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo.» (Verso 5.) Es decir, seréis purificados y transformados como en otros hombres por la virtud del Espíritu Santo, que os llenará de su fortaleza y de la abundancia de sus dones celestiales. (Marc., I, 8.)

Esto predijo el Señor, y nadie osará negar que se cumplió al pie de la letra. Es más: Jesucristo les dijo, que después de recibir el Espíritu Santo «le servirían de testigos en Jerusalén, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra» (Verso 8); ó, lo que es lo mismo, que ellos darían testimonio en todo el

mundo de su encarnación y nacimiento, de su vida y su doctrina, de su pasión y de su muerte, y, por último, de su ascensión gloriosa á los cielos. ¿Quién puede dudar de que todo esto tuvo entero cumplimiento? ¿Y quién no se asombra al considerar el modo con que lo hicieron?

Que dieran los Apóstoles testimonio de Jesús y de su doctrina, se concibe bien; pero que aquellas gentes lo creyeran, y que lo confesaran públicamente, y que sellaran con su sangre la fe en la divinidad de Jesucristo, tomándole por Dios y Rey de sus corazones, esto es lo que pasma y maravilla. Y, sin embargo, así aconteció, para que todo el mundo, que no estuviera ciego por la pasión, cayera postrado ante el Mártir del Gólgota y dijera de lo íntimo de su corazón: «*Creo en la divinidad de Cristo Nuestro Señor Dios y hombre verdadero.*»

¿Cómo se concibe que unos hombres como los Apóstoles, escasos en número, iliteratos, sin talentos, sin crédito, sin bienes, sin apoyo de las potestades humanas, antes bien siéndoles hostiles, habían de convertir á los sabios y poderosos del mundo? No obstante los convirtieron y Jesús lo predijo.

¿Quién podía imaginar que tales Apóstoles osaran decir á los judíos habitantes en Jerusalén: «Vosotros, que habéis prendido y encarcelado y crucificado á Jesucristo, habéis consumado en su persona adorable el mayor de los crímenes, porque Jesucristo no es puro hombre, sino Dios y hombre verdadero?» No obstante lo hicieron y Jesús lo predijo.

¿A quién no asombra que aquellos sabios y poderosos de la tierra que odiaban y despreciaban á Jesús, oyeran con paciencia que aquel hijo del Carpintero era el Hijo de Dios, el Mesías prometido, su nuevo Legislador y Rey, á quien debían amar y adorar en tiempo y eternidad? No obstante creyeron, le amaron, le adoraron y Jesús lo predijo.

¿Podía nadie concebir que á la simple voz de los dichos Apóstoles se convencieran los Gentiles de que era preciso cerrar sus templos, abolir sus sacrificios, hacer pedazos sus ídolos, reprimir sus pasiones y abrazar una vida pura é inmaculada? Esto parecía imposible. No obstante lo realizaron y Jesús lo predijo.

Y basta ya, carísimos hermanos, para que todo el mundo entienda la divinidad de Jesucristo al predecir tales cosas, tan fuera de lo natural y tan inverosímiles, y que tan exacta y cumplidamente se realizaron. Con razón, pues, anunció Jesús á los Apóstoles que «*darian testimonio de El en toda la Judea y Samaria y hasta*

*los confines de la tierra*» (Verso 8). El testimonio está dado, la profecía está cumplida, y Jesús es adorado en todo el universo. ¿Quién será el insensato que ose negar la divinidad de Cristo nuestro Señor?

«Miré—dijo San Juan en el Apocalipsis—y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y su número era millares de millares, los cuales en alta voz decían: *El Cordero que ha sido muerto, es digno de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición.*» (Apocal. V, 11-12.) Ved aquí, en resumen, lo que hemos de llevar todos grabado en lo íntimo de nuestros corazones, y esto es lo que nos enseña la Epístola de este día, mostrándonos la divinidad de Jesucristo, no sólo por el hecho de subir por su propia virtud al cielo, sino *por su ejemplo, por sus milagros y por sus profecías.*

Los que niegan que Jesucristo es Dios y los que no quieren creer en El, son ignorantes ú hombres de mala fe, y, como dijo el Apóstol, *por su incredulidad Dios los entregará á la acción del error, para que crean en la mentira, para que sean condenados todos los que no han creído en la verdad y han consentido la iniquidad* (II Thess., II, 10-11); así como, por el contrario, los buenos cristianos, los hijos de la fe, los que adoran al Señor en espíritu y en verdad, el Señor les galardonará ciento por uno en la tierra, y después la gloria eterna en el cielo. Amén.

## HOMILÍA 2.<sup>a</sup>

### Para el día de la Ascensión del Señor.

#### Sobre los efectos de la Ascensión.



MADOS hermanos míos: El misterio inefable de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo á los cielos es sobremanera instructivo y conmovedor para todo fiel cristiano. En él se confirma nuestra fe, se excita nuestra esperanza y se aviva nuestra caridad. Antes de subir al Padre muéstrase como su divino Hijo, y promete enviar al Espíritu Santo; después bendice á sus discípulos,